

**Torres Arroyo, A. (Coord.). (2022). *Imágenes escondidas: rutas de murales en el Centro Histórico de la Ciudad de México*.
Universidad Iberoamericana.**

Claudia Cárdenas Sosa
ccardenass@cepe.unam.mx

Guadalupe Gómez-Aguado
gucega@unam.mx
Centro de Enseñanza para Extranjeros, UNAM

Imágenes escondidas es el tercer libro de la colección Arte Público como Plataforma de Memoria Cultural, proyecto coordinado por Ana María Torres Arroyo y que cuenta con las aportaciones de otros veinte autores. La finalidad de la obra, publicada en 2022 por la Universidad Iberoamericana, es vincular la investigación con la divulgación, objetivo que guía cada uno de los textos, publicados en un formato didáctico; con este formato se busca facilitar que quienes lean el libro se acerquen a las obras de los muralistas y a su contexto. A pesar de que no es un texto pensado para estudiantes de ELE, sin lugar a duda puede ser un compañero idóneo para que estos conozcan y recorran el Centro Histórico de la Ciudad de México. Y toda persona interesada en conocer el patrimonio artístico mexicano plasmado en los muros de diversos edificios de esta área encontrará en la obra de Torres Arroyo una guía de gran valor.

El libro propone dos rutas para descubrir murales escondidos en el Centro Histórico de la Ciudad de México, lo que, como el nombre de la obra sugiere, equivale a tener el mapa de un tesoro casi perdido. El libro-mapa conduce a quien lee a veinte murales, pero, sobre todo, lo transporta a través de diferentes épocas de la historia del muralismo mexicano. De acuerdo con las sugerencias de los recorridos, basados en las zonas en las que están las obras artísticas, el viaje pictórico puede iniciarse en la década de los años veinte y treinta con José Clemente Orozco y Diego Rivera, y terminar en 2016 con la obra de Farid Rueda. De tal suerte, el ejemplar nos lleva por una variedad de temas y estilos, al mismo tiempo que nos conduce por espacios públicos como el Palacio Nacional o privados como el Hotel Downtown, pues los murales se encuentran diseminados en recintos insospechados, lo que le da al libro un enorme valor y singularidad.

La obra también revela otra dimensión: la académica, tan importante como las propuestas de recorridos. Cada una de las veinte obras es analizada por especialis-

tas en diversos temas, con ensayos de divulgación dirigidos al público en general, lo que ayuda al lector a entender y a ubicar la obra desde una perspectiva artística, histórica y política. De ese modo, el libro no sólo es una guía para recorrer las calles del centro, sino que también lo es para conocer las obras y a sus autores de una manera más profunda. Así, cada uno de los ensayos sugiere hacia dónde mirar, qué buscar; orienta sobre quién creó cada mural, sobre el significado de los colores en la composición; y, por si lo anterior no fuera suficiente, también proporciona información acerca de los edificios en los que se localizan los murales, la mayoría de ellos construcciones históricas emblemáticas que en sí mismas tienen un gran valor cultural.

Uno de los dos recorridos está integrado por nueve obras localizadas en un cuadrante formado por el Zócalo, Pino Suárez, Eje Central Lázaro Cárdenas y Academia. En ese recorrido pueden admirarse obras como *El canto y la música*, de Rufino Tamayo, la cual se ubica en la Casa Mayor del Mayorazgo de Guerrero —edificio del siglo XVI actualmente custodiado por el INAH— y cuya temática principal es, como su nombre lo indica, la música, según la investigación de Jacqueline Grabinsky (p. 12). También puede conocerse *Jugando con luces*, de Leopoldo Méndez —el impulsor del Taller de Gráfica Popular—, cuyo mural, que se encuentra en el edificio de Nacional Financiera, representa a un trabajador con el cuerpo exhausto; de acuerdo con Ana Torres y Joaquina Aldrete (p.124), Méndez idealiza el trabajo obrero y el futuro de la clase trabajadora bajo los principios socialistas. Otra obra que forma parte de este recorrido es la monumental *Historia de México, desde la época prehispánica al futuro*, de Diego Rivera, que decora los muros de Palacio Nacional, monumento histórico de enorme importancia simbólica en el antiguo palacio virreinal y hoy sede del poder ejecutivo. En ese entorno políticamente cargado de simbolismo, Rivera pintó la historia del pueblo mexicano desde la época prehispánica hasta la década de los años treinta del siglo pasado, con una “concepción circular del devenir histórico”, como afirma Itzel Rodríguez (p.50). Asimismo, se puede visitar el Templo de Jesús Nazareno, edificio del siglo XVII, y admirar ahí la obra *Apocalipsis*, pintada por José Clemente Orozco entre 1942 y 1944, en plena guerra mundial. Así, de acuerdo con Dina Comisarenco (p.68), la obra de Orozco representa no solo escenas bíblicas, sino la idea de un mundo que estaba llegando a su fin, sentimiento apocalíptico que respondía a los temores suscitados por el conflicto bélico que se vivió a mediados de la pasada centuria.

Pese a que todos y cada uno de los murales que se visitan en este trayecto son fascinantes, cabe destacar *Las revoluciones y los elementos* de Vladimir Kibálchich Rusakov (Vlady), ubicado en la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada, en el Antiguo Oratorio de San Felipe Neri, construcción del siglo XVIII. Esta portentosa obra, que decora lo que antes fuera la iglesia del convento, es un mural de dos mil me-

tros cuadrados en el que se combinan diferentes técnicas. Ante los asombrados ojos del espectador se despliega un universo completo, lleno de color y de historias. Es una obra monumental que al artista le llevó casi una década terminar y que representa “un psicoanálisis amurallado, martillado a colores [...]. El inconsciente y el subconsciente que se enfrentan al consciente del hombre”, de acuerdo con Oscar Molina, citado por Guillermina Guadarrama (p.100).

El segundo recorrido se compone de once trabajos ubicados entre las avenidas Juárez, Hidalgo y Balderas, y la calle Isabel la Católica. Con *Los informantes de Sahagún*, de Federico Cantú, se inicia un trayecto en el que pueden admirarse obras fundamentales en la historia del muralismo mexicano, como el *Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central*, de Diego Rivera, que en su tiempo estuvo en el vestíbulo del Hotel del Prado y que ahora ocupa un espacio propio a un costado de la Alameda. De acuerdo con María del Carmen Sierra (p. 144), esta es “una obra de remembranza, una síntesis y un recuerdo de México y de [la] propia vida” del artista, cuyas memorias logran formar un vínculo con el espectador, quien puede admirar cada detalle del mural en el que se representa a una miríada de personajes históricos acompañando al niño Rivera en su sueño dominical. En ese recorrido también puede contemplarse *El mexicano y su mundo*, de Rufino Tamayo, que se exhibe en el vestíbulo de la Secretaría de Relaciones Exteriores y que es “una crítica al nacionalismo artístico de carácter folclórico y superficial”, y una búsqueda de la esencia de lo mexicano, de acuerdo con Ana Torres (p.176).

El mural *Omnisciencia*, de José Clemente Orozco, también forma parte de este recorrido. Ubicado en la Casa de los Azulejos (hoy ocupado por un restaurante) —edificio que está próximo a cumplir quinientos años—, es una obra de contenido metafísico y abstracto que representa los aspectos invisibles o imperceptibles de la naturaleza humana, según Martha Molina (p. 195). También puede admirarse la obra *Belisario Domínguez*, de Jorge González Camarena, ubicada en la antigua sede del Senado, otro edificio histórico que data del siglo XVII. A este legislador, que se opuso a la dictadura de Victoriano Huerta y fue asesinado por criticar al poder, González Camarena lo representa de frente, con el brazo en alto, pronunciando el discurso que le costó la vida. Así, la figura de Domínguez representa un homenaje a la lucha revolucionaria desde la tribuna legislativa, como afirma Emmanuel Almazán (p. 212).

Entre las varias obras que forman el segundo recorrido está *El Holocausto*, de Manuel Rodríguez Lozano, pintado en 1945 en el antiguo Palacio de los Condes de Miravalle, edificio del siglo XVII, que entonces era una casa particular y hoy es un hotel. La obra, que representa a un personaje sin vida rodeado por un grupo de mujeres es, a decir de Gina Beja (p. 242), una visión “personal y subjetiva del pintor sobre el dolor”, así como una propuesta artística alterna frente al muralismo

nacionalista y político de los llamados tres grandes: Rivera, Orozco y Siqueiros. Mediante la representación del sufrimiento de una mujer (¿madre?) que abraza el cuerpo de su hijo muerto, el artista quiso representar el dolor que ocasionó el movimiento revolucionario entre la población. De ese modo, por medio de una visión vanguardista, Rodríguez Lozano buscó una interpretación alternativa de “lo mexicano”, una visión más íntima sobre el dolor y el sufrimiento que conllevó la lucha armada que dio origen al México contemporáneo.

Los dos trayectos de los que se compone el libro y de los que hemos mencionado someramente algunas obras reseñadas en *Imágenes escondidas* son solo dos propuestas de la coordinadora, pero el lector puede armar su propio itinerario de acuerdo con sus intereses, tiempo y energía. Cada uno de los murales que se estudian, reseñan y analizan desde la mirada de veinte autores forma parte del patrimonio artístico y cultural de México. Algunos son muy populares, otros son verdaderos descubrimientos, pero sin duda el trabajo de Ana Torres Arroyo y sus colaboradores aporta una mirada fresca y contribuye al conocimiento profundo de los artistas, de los edificios que albergan las obras y de su importancia para el movimiento muralista mexicano. En efecto, la obra de Torres Arroyo debe ser revisada, leída y utilizada para emprender el descubrimiento de la riqueza artística escondida en los muros del Centro Histórico de la Ciudad de México.